



Había una vez... y ya no es. La tradición oral en el salón de clases

En un país pequeño como Puerto Rico podemos sufrir la supremacía del canon en todo. Desde una reunión de amigos que termina en bohemia, siempre bajo los mismos acordes de "Soñando con Puerto Rico" o "Madrigal," pasando por los espectáculos artísticos de cualquier tipo donde una "piña" de gente es la única que brilla siempre, hasta, por supuesto, la literatura que se lee y estudia en las escuelas y universidades. Es bien poco el espacio que se abre para lo alternativo y ya se van viendo los cánones para las nuevas generaciones. Bien podría explicarse la parálisis o la frustración generalizada que se vive en el país cuando se descubre el patrón. Por eso, otra señal de nuestro conservadurismo nacional es que en las pocas ocasiones en que se usa el folklore en el salón de clases, no pasa de ser una muestra de "nuestros antepasados" conservada en vitrina empolvada, utilizada como evidencia de nuestro "compromiso" con las raíces culturales. Es parte del discurso henchido o de "mercado de pulgas" en el que "pide que hay"

es la actitud. Porque creo que podemos alejarnos de esta superficialidad si integramos la tradición oral al currículo, es que escribo estas líneas.

Manejar desde hace muchos años los cuentos de la tradición oral de la cultura africana en Puerto Rico, así como ofrecer talleres para maestros en el proyecto, *El archivo de la memoria*,²⁸ de Casa Paoli, me han hecho cobrar conciencia de las posibilidades de la incorporación de la oralidad al currículo escolar.²⁹ Como educadora veo la necesidad de exponer al alumnado a experiencias, no sólo diferentes, sino pertinentes. En la medida en que la tradición oral es vista por muchos como un residuo arqueológico y no como una lectura viva de los conflictos, respuestas e interpretaciones de los sectores menos poderosos, hemos perdido de vista la identificación tan necesaria que podría darse entre la mayoría del alumnado con estas historias.

Si flexibilizáramos el canon y le diéramos entrada a cuentos de la tradición oral, podríamos exponer a nuestros alumnos y alumnas a situaciones diferentes a las que trata generalmente la cultura letrada. Clarificar la ideología que subyace tras las oposiciones culto/ignorante es una tarea que pocas veces acometemos en nuestros salones de clase, de manera consistente. Cuando la sociedad estadounidense, por ejemplo, convirtió en delito enseñar a leer a los esclavos definió todo un mundo de actitudes³⁰. Se opuso lo culto a lo "ignorante" y se confirió a la letra el poder para definir la humanidad. O lo que es lo mismo, quienes leían y escribían no sólo tenían acceso al poder, sino que eran "humanos"; por consiguiente, los esclavos estaban por debajo de esa clasificación. Y aunque en Puerto Rico no hubo una oposición tan marcada, se silenciaron igualmente, sin ley, pero de facto, las opiniones, sentimientos y preocupaciones de todo ese sector, con lo que se logró casi lo mismo. Es un proceso necesario enseñar a los alumnos cómo la historia, las letras, la Academia, la sociedad y la escritura marginan sectores

completos tachándolos de ignorantes, de productores de información poco prestigiosa. ¿Cuántos de nuestros estudiantes, de nuestros profesionales, reconocen hoy día los personajes de la cuentística de tradición oral de raíz negra? ¿Podemos decir de alguna manera que la gente por ahí ha oído hablar del Compay Conejo, pongamos por caso, y que alude a él como un héroe popular que conoció en su infancia? Es fácil reconocer que desechar la oralidad ha sido la vía para "educar" al alumnado puertorriqueño. De alguna manera repetimos la exclusión de la sociedad de Carolina del Sur: si no es letra, no es académico, o lo que es lo mismo, no tiene prestigio, por ende, no existe. Al promover esta actitud, se les enseña a nuestros estudiantes la subordinación, la veneración a los sectores que han llegado al poder con lo que la escuela refuerza las divisiones tajantes y la exclusión.

Partamos del dato histórico de que Puerto Rico lleva poco más de 500 años existiendo como colonia. Casi los mismos que llevará aceptando como norma de vida que los modelos de todo tipo que vienen de afuera son aquellos a los que debemos aspirar. Eso contextualiza el dato de que nuestros héroes son los de la antigüedad europea y más modernamente los que nos propone el capitalismo americano, modelos distorsionados en los que difícilmente ningún niño o niña de la Isla puede mirarse con naturalidad. En las escuelas y universidades estudiamos *La Ilíada*, *La Odisea*, *El Poema de Mío Cid* como norma general (sé de profesoras y profesores que retan esas concepciones desde sus clases de Humanidades, sin embargo) y cuando aterrizamos en nuestra literatura, proponemos como héroes nativos a los hombres educados de visión patriarcal que novelas como *La llamada* (Enrique Laguerre) y *La Charca* (Manuel Zeno Gandía) han creado para que el pueblo se mire. Las figuras heroicas que propone nuestra tradición oral no destacan ni como espejos ni como traductores de una manera puertorriqueña de analizar y enfrentar la vida.

El conejo, la araña, Juan Bobo, la tortuga, y los esclavos de la tradición oral, aunque en tiempo y espacio no concuerdan con el ambiente predominantemente urbano de la mayoría de los niños y jóvenes puertorriqueños nos ilustran, generalmente a través del humor y el ingenio, sobre la subordinación, pero también sobre cómo los subordinados se pueden apropiarse de los signos o espacios de poder. Podemos ver cómo, aunque sea momentáneamente, los miembros de los sectores menos privilegiados desarrollan ardides para alterar las relaciones de poder. La negociación, la majadería, el humor, el hacerse el tonto, son estrategias de subsistencia y preservación tan válidas como el dinero y el estatus o como las revoluciones y las marchas.

Reflexionar sobre cómo la sociedad ha autenticado sólo algunos comportamientos resultaría en una experiencia de pensamiento crítico muy relevante. En Puerto Rico, por ejemplo, bajo el lema de que somos una gran familia, de que no hay prejuicio racial, nos hemos adormecido frente a los conflictos. El idílico emblema del Instituto de Cultura Puertorriqueña (una especie de foto familiar en que posan para la posteridad el indio y el africano a cada lado del conquistador) lo llevamos adherido a nuestras conciencias con la firme convicción de que somos capaces de celebrar nuestra etnicidad resultante. Pero, cuando nuestros propios alumnos son capaces de contarnos historias de racismo, de clasismo o cuando los periódicos a veces deciden celebrar la fecha de la abolición de la esclavitud con reportajes sobre el prejuicio racial en la Isla, en esas pocas instancias nada más le vemos la punta al iceberg. Las estrategias de supervivencia que mencionaba en el párrafo anterior nos dan cuenta de una tradición que contiene las respuestas de los sectores silenciados. Cuando el conejo logra atar al tigre con el engaño de que para salvarse de la tormenta debe asegurarse en el tronco de un árbol (Alegría 92-93) o cuando el esclavo logra la certificación de la libertad porque le ofrece al amo una

mina (que tendrá sólo "no bien la encuentre", cosa que por supuesto no ha ocurrido)(Ortiz, "La negociación...") lo que se nos muestra es que estos sectores, en conflicto con los poderosos, tienen el derecho y la capacidad para luchar por un reordenamiento social más justo.

Presentar un mundo en que el orden establecido puede y debe revertirse, porque puede haber una manera más justa de vivir (con más gente alimentada, con espacios compartidos, con todas las voces escuchadas...) debería ser un objetivo inherente a la educación que impartimos. Porque si bien es cierto que en las escasas ocasiones en que el folklore va al salón de clases, se usa para domesticar: reforzar las normas sociales y enseñar comportamientos "adecuados" a los más pequeños, un maestro o maestra más avezada no podrá rehuir la verdad de que el folklore también se utiliza para retar las normas sociales. Y en el caso de Puerto Rico, como en tantos otros lugares, el relato de tradición oral nos propone que nos identifiquemos con un héroe o heroína que no necesariamente es el que nunca miente o sigue las normas de urbanidad. ¿Y cómo compaginar estos comportamientos "subversivos" con la "civilidad" que debemos enseñar los maestros y las maestras? Enseñando a pensar a nuestros estudiantes; dirigiéndolos a detectar, donde quiera, la palabrería hueca ocultadora de injusticias, iniciándolos en los valores de la tolerancia y la inclusividad. Los personajes de la tradición oral puertorriqueña son maestros naturales en distinguir el grano de la paja.

Cavilar sobre el espacio de libertad que crea un narrador o narradora frente a su público y la complicidad creadora de la audiencia que lo escucha, es un ejercicio que podríamos añadir para ampliar el entendimiento de nuestros estudiantes. De la misma manera que la lectura es una transacción entre el texto y el lector y nos preocupa tanto a los maestros y maestras que los alumnos se adentren en ese proceso; la práctica del relato oral supone una transacción

en la que, creado el contexto y sellado por un guiño entre narrador y receptor, se estimula a este último a hacer múltiples lecturas de lo que escucha. Eso es, en serio, construir significados desde la propia experiencia, crear lectores inquisitivos y preparar ciudadanos para enfrentar el nuevo milenio (para usar el clisé con premeditación y alevosía).

El profesorado puede ayudar a legitimar esos espacios de libertad tan necesarios en nuestros sistemas "democráticos." La oralidad, por definición, permite unas libertades que lo escrito no permite. En primer lugar, se ha dicho, que es un espacio social seguro, puesto que lo que se transmite no tiene "origen conocido," no hay firmas detrás de un chiste, ni tras un cuento de Araña. Las verdades que se ventean son "patrimonio público." En segundo lugar, el espacio oral permite unas libertades que el mundo "real" no nos concede: en nuestra sociedad hay reglas, leyes para todo, mientras que el universo creado por la oralidad es más flexible, menos punitivo: una negra se da cuenta de la injusticia que supone que ella tenga que trabajar y servir mientras una blanca, por ser blanca, espera en un árbol que venga su príncipe a buscarla, tan sencillo como decir *zas*, ella se encarama al árbol y con ardides baja a la blanca y se sube ella (Ramírez de Arellano 80). Cuando nuestro pueblo se siente oprimido y hastiado saca inmediatamente los ciclos de chistes del gobernador o gobernadora de turno. Cuando en mi universidad se sintieron oprimidos por una administración intolerante y caprichosa, sacaron anónimos que hacían las delicias de la comunidad y que eran esperados como los pasquines en las novelas de García Márquez (aunque éstos últimos son textos escritos, eran anónimos y se pasaban de mano en mano, igual que de boca en boca se traspasa la oralidad.)

Como educadores/as podríamos explicar que cada persona es productora de cultura. El folklore es propiedad

de la comunidad y cada quien lo produce de acuerdo con sus visiones y percepciones de mundo. Siendo así, es entendimiento colateral que enseñar a apreciar el folklore es conferirle dignidad a la forma de expresión de cada sector productor del mismo. La misión más tradicional de la escuela ha sido borrar toda reminiscencia de las hablas populares, desprestigiando de paso la extracción de la mayoría de los hablantes que se congregan en nuestras aulas públicas. Llevar la oralidad al salón de clases es aceptar que esas producciones son motivo de estudio también y su expresión tiene el mismo valor que el discurso de un premio Nobel. Asimismo, reforzar la idea de que el folklore es un medio de comunicación y de aprendizaje es proveer a los estudiantes la sensibilidad necesaria para reconocer otras maneras alternativas de procurarse educación y experiencia. Ayudamos al alumnado cuando los concienciamos de que se aprende a través del saber que se pasa de generación en generación, de las enseñanzas que obtenemos de familiares o amigos, de las experiencias de otros y que la letra no es la única manera de aprender. Esta reflexión nos lleva también a mirar al pasado a sociedades más orales cuando había otras formas alternativas de enseñanza (por ejemplo las actividades o representaciones colectivas, los relatos y enseñanzas de las personas mayores) y la autoridad recaía en la memoria y la tradición. Cifrar todo el saber en el libro, de alguna manera nos ha empobrecido. El autorreconocimiento del prestigio de sectores olvidados de los que se proviene, a través de su propio discurso, ayuda a la autoestima y afianza la afectividad. Así, el alumnado entenderá y reconocerá la aportación individual en la creación y transmisión del conocimiento.

Más aún, excelente servicio podemos hacer si, partiendo de la tradición oral y sus convenciones, promovemos una reflexión sobre cómo aún en géneros olvidados como los orales vemos una jerarquía del poder y

del prestigio. Hagamos la prueba: entre Juan Bobo y Araña, ¿a quién usted conoce más? ¿entre un aguinaldo y un estribillo en lengua afrocriolla, que le parece a usted más familiar? La respuesta es obvia porque bien sabemos que la Inteligencia puertorriqueña hace tiempo que decidió que el campo nos representa más y por los siglos de los siglos amén, que los negros.

La historia de todo el mundo, pues, es importante y parte del "tapiz" que conforma la humanidad. La historia familiar, la historia de los nombres, la historia de una tradición o ritual familiar, todas esas prácticas están reconocidas como parte de la oralidad y, además de atractivas y pertinentes para la mayoría de los jóvenes, pueden ubicarlos como productores del folklore del futuro. No es de desmerecer la oportunidad que esto brinda de incluir la vida personal de nuestros alumnos en el currículo (Radín 5).

Y si logramos que los alumnos y alumnas que tenemos en nuestros salones se diviertan recopilando el folklore de sus alrededores, será más fácil encaminarlos hacia una buena lectura o una buena representación de algún cuento de una tradición más antigua. Porque un asunto que no tiene desperdicio, aun en los salones más tradicionales, es el aspecto de representatividad de los relatos transmitidos por la vía oral. Como todo acto de comunicación, enfocarlo desde el punto de vista de la interacción entre los receptores o receptoras y los y las emisoras es una reflexión impostergable. Pero es también un enlace eficaz hacia el aprecio de la narración oral y su representación como una experiencia artística. Igual que el canon excluye, nuestros conceptos de arte están visiblemente empobrecidos a partir de los cánones tradicionales. Discutir una definición más amplia e inclusiva del arte, de igual manera sensibiliza y alerta al alumnado hacia la realidad de que no sólo los académicos producen arte. Retar las divisiones tradicionales entre arte culto y popular; literatura y *subliteratura* (a las que

todavía muchos educadores se aferran no empece las discusiones intelectuales que ha habido al respecto) es un buen comienzo.

Iniciar al alumnado en estos "desencuentros" debe llevarnos a la concienciación práctica de la función de un narrador o una narradora. Cómo se agarra un público, cómo se comunican efectivamente los mensajes, cómo interviene el lenguaje del cuerpo, cómo no hay dos narradores iguales, cómo se disfruta una buena representación, cómo se responde a los reclamos o señales del auditorio, cómo se toman decisiones a base de eso, cómo se reflexiona en el momento y espacio para hacer enmiendas o incorporaciones, cómo se analiza la situación, el contexto y el público, son todos asuntos íntimamente ligados a la enseñanza de un salón de clases típico. Y son temas tan importantes, tan ligados al arte, la estética y la comunicación como puede ser el análisis de un punto de vista o de un narrador "literario."

Y de ahí a convocar lo que pudo haber sido una sesión de cuentos en un baquiné, por ejemplo, hay sólo un paso. Para este aspecto son particularmente útiles los cuentos de la tradición africana que se han podido recopilar con sus fragmentos de estribillos en lengua de reminiscencia afrocriolla. Para entender el aspecto de representatividad que tuvieron estos relatos puede pensarse en los siguientes asuntos: los estribillos eran como cancioncillas que el público repetía a intervalos como parte de la narración. Era el momento del público. Por la vía de un narrador de Salinas descubrí que la función del oyente era, en esos momentos, acompañar al narrador con las palmas, tal como lo haríamos hoy en cualquier celebración religiosa o artística. Imaginar y hasta imitar los movimientos corporales y los cambios de voz que acompañaron las apariciones de cada personaje, convierte cualquier aula en un teatro improvisado.

Y la relación de esto con el quehacer del maestro y con lo que es un salón de clases es obvia. Nuestros salones son espacios cotidianos de representación y los maestros y las

maestras somos como narradores a sueldo. Somos rapsodas y griots que día a día nos toca decidir cómo transmitiremos el saber a partir de las estrategias de la representación.

La oralidad, vista desde esta perspectiva nos lleva a profundizar en el escándalo del silencio. La ausencia de los géneros populares en el currículo, la sustitución de nuestros personajes folklóricos por los personajes de Disney, así como el modelaje de los héroes extranjeros nos tiene que llevar a preguntar ¿y eso por qué? ¿Acaso debemos los maestros permitir que se nos use como instrumentos para enajenar o adormecer? ¿Acaso no dicen por ahí los babosos que los maestros somos los encargados de mantener la "luz" del saber? ¿Y qué saber es aquél que es incompleto y que se cimenta en la mutilación? El escaso, pero recuperado de todas maneras, cuerpo de tradiciones orales que tenemos en la Isla tiene mucho que decir sobre Puerto Rico, su historia y la idiosincrasia de sus pobladores. Sólo hay que ponerlo a hablar. Cuando hable nos revelará, entre chistes o ritmos, la presencia imponente de voces, actitudes y situaciones que nos sorprenderán con su sabiduría y diversidad.

Revista *Horizontes*, abril 2003.